

moderno galanteo, saqué otro real de á ocho, y llamando al que partía desconsolado, le dije: Ahora que os halláis convencido y no pedís nada, veis ahí lo que pretendíais, y arrojádoselo en tierra, me entré con mucha gravedad en la villa. Acompañé á la dama bisoña hasta su casa, y con mi vieja camarada me retiré á la mía, á la cual sirviéndole de escarmiento el referido desprecio, por no llegar á verse en otro acto semejante, dió en mostrármese mas apacible y en darme menos enojos, porque para el veneno y letargo de celos, esta es la perfecta contrayerba.

En este tiempo la condesa de Ulst, á pedimiento de mi amo y por agrandar á la reina de Polonia, me dió una gran muñeca, vestida á lo francés, que había hecho traer de París. Compré cantidad de puntas de las mejores y mas finas que pude hallar, en cumplimiento de lo que me había mandado el archiduque Leopoldo, y llegándose el tiempo de poner el ejército en campaña, salió don Franciseo de Melo, como su general, á visitar las fronteras, y me mandó que le siguiese, ó presumido que yo era algun gran ingeniero, ó teniendo noticia que era único minador de jamones y panecillos. Fuimos recorriendo todas las plazas, y llegando á la de Lila, me despachó como á correo para Alemania, con pliegos para el señor marqués de Castel Rodrigo. Di la vuelta á Brusélas, y por tener ya mas satisfacción de mi dama, la dejé en casa de un mercader, que á saber la buena mercancía que le dejaba, estoy cierto que no la hubiera recibido. Dejéle pagado algunos meses adelantados y todos los vestidos y galas que yo mas estimaba, por ser dádivas de su alteza; y despues de haber dispuesto mis negocios lo mejor que pude y despedidome de mi infanta Palaucona y de los amigos del trago, tomé la posta, y empecé á desmoler lo que había comido, á sudar lo que había colado, y á trocar en el trabajo del camino la vida palaciega de la corte. Partí de Brusélas en el mes que los enamorados sirven á sus amores; y divirtiéndome la variedad de las flores, la hermosura de los campos, el susurro blanco de los despeñados arroyuelos y el gorjear de las sonoras aves, llegué á Viena, y entregando los despachos que llevaba, por hallarme desocupado y por tomar algun descanso de tan dilatado camino, trocando el oficio de correo en mi antigua dignidad, en achaque de éntrome acá que llueve y hace un sol que rabia, me entraba en el imperial palacio, y en las casas y posadas de todos los señores, unas veces echando launces en vacío, y otras hinchendo la red, tomaba del pecador como venia, y solo sentia á par de muerte unos pegatostes, que como emplastros de resfriado se pegan á los poderosos, y pensando que lo que me daban á mí les había de hacer falta á ellos, me hacian mal tercio, y muchas veces eran ocasion de salirme en *albis*, y otras de disminuirme las dádivas. Yo les decia: Caballeros Lanzarotes, ya que no gozáis de la gloria del dar, no impidais el infierno del pedir; y si sois tutores de las haciendas de los señores, sed curadores de sus honras y famas; pues no lo gana un poderoso con henchiros á vosotros

las balijas, ni á sus criados los jergones, ni con transformarse en primaveras de galas; pues diferente renombre ganó Alejandro con dar que no Heliozábalo con banquetearse y desperdiciar brocados y diamantes, y diferente fin tuvo el uno por ser dadivoso que el otro por ser gloton; y el que da imita á Dios, que siempre nos está dando á manos llenas infinitades de gracias y mercedes, y el que no da imita al mismo demonio, que solo nos regala con pesadumbre y sobresaltos.

Despues de haber hecho mi ronda, di en querer probar la ventura y en jugar con todos los títulos y coronales, como si yo lo fuera ó gozara de sus rentas; y unas veces por venir la mia detrás, y otras por entrarle á treinta y nueve el as, me dejaron á oscuras de lo que había ganado en todas mis correrías y de las mercedes que me habían hecho en aquella corte, y de las mercancías que yo había vendido en ella; porque á tanto extremo ha llegado mi codicia, que no he hecho ningun viaje que no haya cargado de ellas, llevando siempre cosas de poco volumen y de mucho valor, y de aquello que carecia en el reino adonde llevaba los despachos; pero no hay estreñido que no vaya de cámaras. Al fin, sin poderme aprovechar de las lecciones de mis primeros amos, por jugar con gente de *libera nos, Domine*, me vine á hallar como Juan Paulin en la playa, y tan aborrecido de todos, por la gran pérdida que había hecho, que andaba como el alma de Garibay, que ni la quiso Dios ni el diablo. Pero por no dar un buen día á las corrientes de Flegetonte ni venganza á mis competidores, valiéndome de unas resultas que me habían quedado, tomé la posta para ir á la villa de Pasan, junto del Danubio, corte del archiduque Leopoldo. Pero apenas había corrido media legua, cuando pasando por un ameno jardin, que está cercano al camino real, me conocieron unos señores y unas damas que estaban en él holgándose, y hiciéronme apeaar á tiempo que se cubrian las mesas de un opulento banquete; y yo, por ser rogado y por aliviar mi melancolía, cerré los ojos, y embestí con platos diversos y con vinos diferentes; pero entrando de victoria, salí de rendimiento, porque tantos á uno era fuerza que diesen conmigo al través, y para acomodarme mejor de ropa blanca, el postillon que llevaba por guia quedó de tal forma, que no le pudiera guiar á él un ejército entero; y creo que á ser convidados los caballos, pasaran tambien el mismo detrimento. Corrimos los dos parejas tan iguales, que nos apeamos á un mismo tiempo, comimos y bebimos á un mismo tiempo, y caimos á un mismo punto. Acabado el banquete, hicieron diligencias aquellos señores, segun supe despues, para ver si nos podian volver en sí; pero advirtiéndome que era cosa irremediable, nos mandaron llevar á una pradería, dentro del mismo jardin, adonde estaban nuestros caballos. Cargaron con nosotros dos docenas de criados, cantándonos cien responsos y haciendo cincuenta paradas, y echándonos mil jarros de agua; mas fuera muy poca toda la del convecino Danubio para apagar tanto fuego. A la tarde, despues de haberse holgado muy bien con diferentes instrumentos,

se volvieron todos aquellos señores y damas á la corte, dejándome encomendado al jardinero para que tuviese cuidado de mí y de los caballos y maletas.

Quiso mi ventura que otro dia de mañana acertase á pasar uno de los caballos nuestros tan cerca de su dueño, que le puso pié con pata y zapato con herradura. Obligóle el dolor y la carga á volver á este mundo, habiendo estado en el paraíso de Baco. Sentóse lo mejor que pudo, por no atreverse á levantar, desde adonde, no costándole poco trabajo, me despertó. Sentéme tambien á su lado, tan atolondrado como él y tan fuera de mí, que no reconocia en la parte que estaba, porque imaginaba haber pasado de la gran Constantinopla. Preguntéle al postillon que cuántas postas habíamos corrido, y respondiéndome que á su parecer mas de doscientas, segun se sentia de molido y cansado. Puséme en pié, sirviéndome de bordon la cola de uno de los dos caballos, el cual, por no ser casado, tuvo ánimo de al son de un medio relincho darme dos pares de zapatadas, con que dió conmigo en un acopado nicho de una frondosa murta, con que me dejó hecho estatua de Baco en jardin de Flora. Y columbrando por sus verdes celosias que el jardinero venia hácia la parte adonde estábamos, olvidado del dolor é imaginando que estábamos en camino real, y que él era pasajero que venia por él, le pregunté que cuántas jornadas había desde allí á la corte de Viena. Él, riéndose de la pregunta y ayudándome á salir de mi capilla, me volvió la cara á la parte del mediodía y me dijo: ¿Ve allí vuesa merced la torre de la iglesia mayor de la corte por quien pregunta? Por el distrito que hay de aquí allá puede conjeturar las jornadas que ha hecho despues que salió de ella. Quedéme mas atónito de lo que estaba, por ver el poco viaje que había hecho, pensando, segun me había dicho el camarada, que estaba á vista de la villa adonde iba. Dile priesa al postillon á embridar los caballos; el cual, ayudado del jardinero, se levantó, y por ponerles las bridas en las cabezas, se las ponía en las colas, lo de adentro afuera, y lo de arriba abajo; y por ser conocido de los trotones, no llevó de la colación que yo participé. El piadoso Velardo de aquella guerra, viendo que los tragos obligan á lo que el hombre no piensa, lo puso á punto de levo, y nos ayudó á montar en ellos, que entiendo que no le costó poca fatiga, segun estábamos de pesados. Abriónos la puerta del jardin, adonde se empezó á santiguar mi católico postillon, y picando trasero y amorrando á la parte delante, tomó el camino de Viena, yendo yo en seguimiento. El jardinero, como sabia que no era aquel el viaje que yo hacia, nos empezó á dar voces diciéndonos que nos volvíamos á la corte. Yo, con darle al postillon mas holas que hay en el estrecho de Magallanes para hacerlo parar, era darlas al aire, por lo cual, apretando las espuelas á mi descansado rocín, pasé delante de él, y habiéndolo detenido y enseñándole las torres y murallas de Viena, aun no lo podia persuadir á que iba errado. En efecto, reduciendo al caballo antes que á él, empezamos á hacer nuestra jornada. Llegué al cabo de las diez y ocho á los piés de su

alteza, el cual se holgó de verme, y mucho mas cuando supo que llevaba la muñeca y puntas que había mandado traer de Flándes, y pagándome diez doblado de la costa que me habían tenido, dentro de ocho dias me despachó á toda diligencia, con aquel presente y despachos, á la Reina su hermana, á Varsovia, corte de Polonia.

CAPITULO XI.

En que cuenta el segundo viaje que hizo al reino de Polonia, el desafio que tuvo con un estudiante polaco, la llegada á Viena y partida á Italia, y lo que le sucedió en el camino con un capitán alemán, y los viajes que hizo á Roma y Nápoles hasta llegar á España.

Despues de haber corrido muchas postas y pasado malos dias y peores noches, por ir siempre zangoloteándoseme cuajar y tripas, por ir el uno lleno de comida, y las otras de los mejores vinos que hallaba, sin guardar la disciplina de los correos, llegué á Polonia, y di mis pliegos y regalos á su majestad real, siendo embajador sin título y grande sin señorío. Tratóme, al fin, como reina, porque siempre he hallado mas afabilidad y llaneza en emperadores y reyes que no en ciertos engolletados que se bautizaron en su alteza, y se confirmaron y añadieron un don en el anchuroso dominio de Neptuno, y se endiosaron en el primer oficio que llegaron á ejercer. Todos los señores polacos, por respeto de la merced que su majestad me hacia, me cargaban de dádivas y me henchian de vino, y me trataban de señoría, con lo cual me hallaba mas hueco que un regilón de aldea. Ayudóme bravamente el saber la lengua latina, porque de otro modo hubiera sido imposible entender una palabra, por la gran oscuridad de su lenguaje y porque ellos no saben de la nuestra sino el dar señoría á uso de Italia, por haber en aquellos países muchos mercaderes italianos. Partieron sus majestades á su gran ducado de Lituania, adonde por antiguos fueros tienen obligacion de asistir en él un año, y dos en Polonia. Es este estado un país muy frísimo y de muchos y muy grandes y espesos bosques, particularmente uno llamado Viala-Vexe, en el cual su majestad mató en solo un dia seis toros salvajes, tan feroces, que daba horror el mirarlos, y tan bárbaros, que cada uno de ellos podia prestar barbas á media docena de capones. En cualquiera parte que sus majestades hacian noche, el señor de aquel distrito les alojaba y banqueteara al uso polaco, con tal grandeza, que á mí me causaba admiracion, y me parecia cosa imposible que hubiese tierra que produjese tantos regalos, ni señores que tan generosamente diesen muestras de su poder y voluntad.

Dióle á su majestad deseo de ir á caza de las grandes bestias que tienen virtud en la uña del pié izquierdo, y llegando á un gran bosque, en muy poco tiempo dió muerte á ocho; y entiendo que á querer darse diligencia, pudiera matar ochocientas, por ser siglo abundante de bestias. Yo consideraba cuántas racionales hay mayores que estas y con mayores uñas y mas virtudes para sus provechos en las manos derechas, y no hay quien ande á caza de ellas. Yo pienso que me preservé

en esta ocasión por ser bestia pequeña y andar el Rey á caza de grandes. Marchamos desde aquel bosque á la vuelta de Groden, ciudad de Lituania, adonde por venir yo algo indispuerto de haber querido bizarrear en tanta variedad de banquetes, caí malo, por cuya razón, hallándome al cabo de algunos dias algo convaleciente, pedí licencia á sus majestades para volverme á Alemania, la cual medieron con mucha voluntad, y un pasaporte real para todo su reino, y una carta de favor y recomendación para mi persona, para la majestad cesárea de la Emperatriz su prima, y pliegos para el Archiduque su hermano, honrándome para ayuda del viaje con seiscientos escudos y con dos riquísimos vestidos á lo polaco y con una carroza con dos bizarros caballos, porque caminara con mas descanso y porque no me dañase el sol ni el viento, temiendo no volviese á recaer el señor embajador, y una guía intérprete para que me convoyase hasta llegar á los confines de Alemania. Presentáronme tres señores de los que iban acompañando la corte tres caballos, como si Estebanillo fuese alguna persona de gran puesto y calidad; pero el señor que es generoso no mira el sugeto del que recibe, porque solo se atiende al valor del que da; que el que pone excepciones, son achaques al viérnes por no ayunar. Contemplándome tan poderoso y en tan alto estado, me despedí de sus majestades y de todos los señores y títulos de su corte, y poniéndome en camino salí de Lituania, y atravesando todo el reino de Rusia y pasando el de Moscovia, llegué á una ciudad del reino de Polonia, llamada Cracovia, que es adonde se coronan los reyes de aquel reino y adonde hay gran comercio de mercancías y muchos mercaderes italianos, siendo todo su tráfico y trato el de la seda.

Allí tuve un desafío de los que yo no suelo rehusar con un estudiante polaco sobre quién bebería mas aguardiente. Yo lo acepté al mismo punto que me desafió, pero por ser de parte de noche y estar ya bien cenado y mejor bebido, lo dejé para por la mañana venidera; el cual no excusé por materia y razón de estado, pues parecía género de cobardía huir yo la cara, viniendo con carroza, criados y caballos de respeto y con guía tafaraute. Aquella noche hice provision de esponjas y estopas, y á la noche, quitándole á mi faraute unos grandes calcetones de paño que traía debajo de unas botas, que le pudieran servir de calzones, le metí en la una de ellas todas las esponjas y estopas en lugar de escaquin y calceton, y como quien calafatea navíos, se las calafateé muy apretadamente. Díle la instrucción de lo que había de hacer, y avisando al huésped y depositando seis doblones, que era el señalado premio del vencedor, le dije que recibiera otros tantos de mi competidor, el cual con bacanal catadura se nos venia acercando. Dió el depósito al patron, el cual nos metió en una sala, que nos vino á servir de palenque y estacada: diónos á cada uno un jarro de azumbre y media de la mejor aguardiente que tenía, porque peleásemos con armas iguales. Sirviómelo á mi de padrino mi faraute Garcí Ramirez, y al retador otro estudiante

camarada suyo. Pusieronnos una mesa, y encima de ella dos vasos pequeños, para que empezásemos nuestra batalla, y dos pipas y un papelón de tabaco picado, y un candelero con una vela encendida, para que se entretuvieran los padrinos mientras durase la refriega. Declaróse quedar por vencedor el que diese mas presto fin á su jarro: hicieronles los jueces salva, para ver si había algun fraude en ellos; y habiéndolos dado por justos y rectos, nos partieron el sol, poniéndonos á los dos de frente enfrente, y la tabla en medio, que nos servía de valla; y en lugar de trompetas y de son de embestir, despues de haber henchido los vasos, empezaron á enflautar sus pipas y á resollar humaredas. Yo y mi estudiante nos dábamos de las astas bien á menudo y con lindo denuedo, y como era por la mañana y el pais muy frio y en el rigor del invierno, apenas dábamos lugar á que los padrinos tuviesen tiempo de escanciarnos, porque aun no estaban llenas las ampollitas cuando ya estaban vacías. Jugaba tan bien de la china mi escolástico, que ya reconocia yo superioridad; y á no haberme valido de ardidés, quedara el campo por suyo, por llevarme mas de seis vasos de ventaja, aunque se veía ya tan fatigado del peso de la cabeza, que la reclinaba á menudo sobre la tabla, y desconociendo á su compañero, se le antojaba la vela cirio pascual. Cuando yo vi que se había llegado la ocasión de conseguir mi intento, haciéndole á mi compañero, se acercó hácia la vela en achaque de encender la pipa, y en lugar de despabilarla la dejó á buenas noches: empezóse á lamentar por la gran falta que les hacía á los dos; y el padrino contrario, haciendo del cortés, tomó la vela, y fué á encenderla. En el interin, viendo á mi competidor que estaba amorrado sobre la mesa, como jugador trasnochado y perdidoso, dándole un baño de aguardiente á su bota, dejó el jarro con menos de cuartillo, quedándole agradecidas botas, estopas y esponjas del buen desayuno que les había dado. Vino al punto el camarada, y tomando cada uno su pipa de tabaco, mi faraute, aun antes de dar fin á la suya, dijo que le parecía que iba muy despacio la procesion, y que los combatientes estaban bien bebidos y calientes, y los padrinos muertos de frio y en ayunas, y que así queria ir á hacer que les trajesen de almorzar á costa del que perdiese. Respondió el otro que hablaba muy bien y que pedía razón y justicia, y que cuanto antes fuera sería mejor, porque se las pelaba de hambre. Salióse mi faraute de la sala medio chillando la bota; fué á pedirle al patron que aderezase con mucha brevedad de almorzar para dos, y en el ínter se fué á nuestro aposento, y se quitó la bizma pródiga, y limpiándose la bota lo mejor que pudo, se metió en ambas sus calcetones, y volvió con lindos apetitos y con muy buen almuerzo. Cubrió el patron la mesa, haciendo desamorrar á mi contrario; y yo diciendo que también queria almorzar, me levanté, y brindándole al patron á la salud de quien lo había de pagar, levanté el jarro, y chupando gotas, por hacer detencion y quitar sospechas, me estuve gran rato tragando mas aire

que brandevín; y dando fin á lo que había quedado, empecé á publicar la victoria y á pedir el premio de ella. Diéronme todos por vencedor, y entregándome el patron los doce doblones, me senté muy despacio á almorzar con los padrinos, sin que el rendido estuviese de provecho para podernos ayudar. Reconocieron lo que había dejado en el jarro, y aun apenas era un cuartillo, el cual se bebieron entre los dos, y los tres dimos fin al almuerzo. Despedíme del faraute, y despues de haberle dado para guantes, proseguí mi viaje, atravesando la Hungria y regalándome con sus fuertes y sabrosos vinos.

Llegué á la corte cesárea, adonde por verme entrar con ostentacion de carroza y autoridad de criados y caballos, tuve ciertos bostezos de ponerme un don, aunque no fuera yo el primer bufon que lo ha tenido, ni me sentara mal, siendo correo imperial y real, que me llamasen don Estebanillo. Pero porque no hicieran burla de mí como de muchos que los tienen sin tener caudal con qué sustentarlos, me empecé á santiguar, diciendo: Libreme Dios de tan mal pensamiento. Informáronme en Viena de cómo mi amo había pasado á Italia, y que desde allí se había embarcado para España; cuya nueva sentí en extremo, por carecer de la merced que me hacía, y que por su respeto me hallaba en tanta propiedad. Fuíme á palacio á dar á su majestad cesárea la carta de recomendacion que traía de la Polonia, la cual, despues de haberla leído, me prometió favorecerme en cuanto se me ofreciera, y por ser á cuatro dias de mi llegada dia de año nuevo, cobré mi aguinaldo de todos los señores de aquella corte, los cuales me doblaban la parada por verme gentil hombre de carroza. Pero por no hallarme con gusto cumplido por estar ausente de mi amo, me determiné de pasar á Italia para ir en su seguimiento; y para ponerlo en ejecucion me fuí á despedir de las cesáreas majestades, y despues de haberme mandado dar una ayuda de costa y un imperial pasaporte, me honró la Emperatriz con una carta de favor para el católico y poderoso rey de España, su hermano y mi señor. Despedíme de toda la nobleza, y haciendo almoneda de mi carroza, tomé el camino de Italia. Rogóme á la salida un capitán genízaro que lo llevase á caballo hasta Milan, pues que llevaba cuatro de vacío, que él cuidaría del que yo le entregara. Imaginé que no me estaría mal el ir acompañado tan largo y peligroso camino, y mas de un capitán, por lo cual correspondí con obras á sus palabras. Montó encima del que le pareció mejor, porque era hombre mal contentadizo y no poco presumido, aunque no lo cargó mucho de maleta, porque presumo que había hecho de algun escaquin de cuero la pequeña llevada. Era el tal señor veinticuatro en sus comidas, y no en el paño de su capote. Y porque yo no entendiera que era modo ahorrativo, me decia que le hacía mal el cenar de noche, y que era cosa muy saludable á la vida humana el dormir desembarazado el estómago; pero la noche que yo le convidaba no reparaba en humanidades ni en embarazos.

Pasamos toda la Stiria y el Tirol, y entramos en pais de Grisonés, adonde el señor capitán alemán me dijo que él era conocido por aquellos países, y que podría ser que hubiese allí señores ó soldados que lo hubiesen visto en Alemania con su compañía, y á mí con la escuadra de mis chanzas; y que así importaba á su reputacion que yo pasase plaza de criado suyo, y esto con un género de gravedad y un modo de aspereza, que me dejó atemorizado, aunque sabe muy bien el cielo que estuve por dejarlo á pié para que fuese hasta Milan abordonando con su jineta, si acaso la llevaba doblada en la estrechura de su maleta. Pero temiendo no se me alzara á mayores con el caballo, y á mí me diera media docena de muertos por el alquiler de él (porque como se había salido con no querer sustentarlo, también se saliera con lo que se le autojara), callé y sufrí, consolándome con que mi nuevo amo comía cada dia una comida muy tenue, y el señor su criado comía tres, y bebía trescientas. Iba siempre que caminábamos muy adelante de nosotros, teniendo á caso de menos valer el dejarse comunicar, y yo y mis criados polacos nos gloriábamos en irle siempre cortando de vestir, porque obligará un figuron de estos á que murmure de él el mas capuchino; porque no hay ley ni razón que obligue á ser grave á quien ha menester servir y agradar para no morir de hambre. Pero hoy todo el mundo está lleno Bartolomícos; pues hay criados de señores que apenas se hartan de lamer los platos, y por verse con esperanzas de rico ó con una gala perdurable, tienen mas tordo que sus amos y mas humos que Alcoreon.

Llegamos á Chavena, adonde me embarqué yo y mis caballos y mis criados, y en vanguardia el capitán, mi señor; el cual, como me vió que iba algo rostrituerto, y él se halló en tierra del rey de España, me empezó á echar rodamontadas, como si fuera extraño para mí, siendo medio gallego, y patria para él, siendo medio alemán. Convidéle á cenar en colmo, disimulando el enojo, con intencion de pegársela en Milan y porque no se despartiese de mí hasta llegar á él; y sin reparar en digestiones de estómago, comió como lepróso, y bebió como hidrópico. Otro dia, cumpliéndose lo que yo tanto deseaba, entramos en aquella rica y nombrada ciudad de Milan, adonde elegimos por posada la de Falcon. Díjele al capitán la noche que llegamos á ella que pagase la comida de su caballo, pues demás de haber venido en él de balde, le había yo hecho la costa todo el camino, habiéndome ofrecido á la salida de Viena muy diferente de lo que me había cumplido. Respondíome que no solamente no queria, pero que ni aun le pasaba por la imaginacion; que la pagase yo, pues ganaba á mi dinero á decir gracias, que el suyo era ganado á mosquetazos, y que harta merced y honra me había hecho en traerme en su compañía y de admitirme en nombre de criado suyo. Yo, quitándome de ruidos, como enemigo que soy de ellos, me retiré á reposar muy de espacio, y venida la mañana me fuí á ver á su excelencia el marqués de Velada, que era gobernador de aquel estado, al cual me quejé muy en forma de lo que ha-